zo los grandes árboles que le dan vida y sombra—sombra también.

Juventud, ardorosa juventud, venid, aquí está el campo escueto, aquí nos da el sol y nos refresca el viento; quizás sobrevenga la tempestad, pero qué importa! somos jóvenes y ese mismo viento habrá arrebatado la semilla para hacerla germinar en otras partes; venid y abandonad vuestra política, sed libres; aunque sólo sea en secreto, sed libres, con esta libertad franca de los que tenemos limpias las manos y limpias las conciencias. Dejad á los políticos vuestra política y no sirváis de pajes cuando tenéis el deber de ser, ante todo, hombres. Venid, en sigilo si queréis, pero venid para llevar á cabo la siembra en campo abierto. No serán para la tarde las cosechas, serán para mañana, pero serán seguras. Si acaso maldecís en el fondo de vuestra alma la política de vuestro tiempo, venid á sembrar la del futuro; si la educación que se os ha dado fué un tanto falsa y así lo comprendéis, venid á preparar la educación de vuestros hijos; si no halláis á la mujer suficientemente instruida para hacerla vuestra compañera, venid, aquí tenéis una tribuna libre; pero sin ideales no vengáis, odiamos tanto la devoción como la oposición política y ni lo uno ni lo otro encontraréis aquí: nosotros vamos á sembrar para mañana.

Mas al arar el campo la reja de nuestro arado puede que deje surcos profundos en él y puede que se haga necesario incendiar las yerbas que ahora le devoran lo mejor de sus jugos.

Erasmo de Rotterdam.